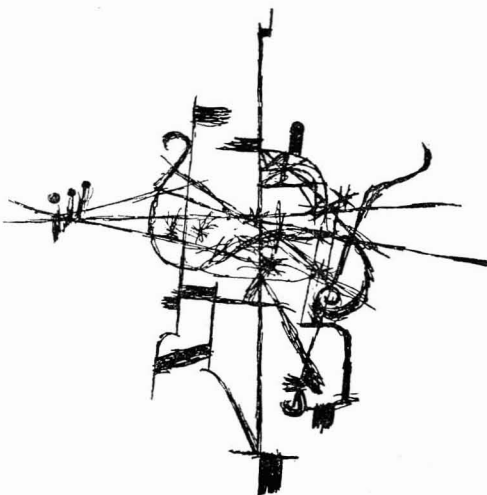


ducidas, no puede negar que a partir de estos últimos cuatro años las letras catalanas están sufriendo una transformación con saldo positivo.

Clara Janès, una pluma femenina, es el símbolo de la nueva generación de escritores catalanes. Ha estudiado letras y periodismo en Barcelona y Pamplona. Su último éxito editorial es *Desintegración*, una novela escrita en primera persona. No es necesario leer el nombre para saber por la lectura que la prosa ha sido obra de una mujer. Escribe en "femenino" desde la primera a la última página. Es el prototipo de la nueva mujer celtíbera que empieza a formarse en Cataluña. En *Desintegración* se desintegra el mundo de la adolescencia. Se asiste al lento derrumbamiento, a la difuminación de ese mundo subjetivo de Sofía, hecho de ensoñaciones, en el que los seres más que objetivos están creados por ella. Sofía busca su verdad, su libertad. Intuye que las instituciones en las que está inmersa no son ni mucho menos permanentes. Sólo la verdad libera y ese reencuentro con la verdad, que es la conciencia de una persona en un mundo que se transforma, hay algo que se está desintegrando; algo objetivo y algo en Sofía. Para ella "el amor se presentaba siempre en lo más hondo como una salvación". Pero para amar "antes era necesario conseguir aquella libertad respecto a uno mismo, destruir todo lo falso, vivir desnudo en la verdad, aunque la verdad de uno fuera contradictoria, aunque nadie pudiera creerla, aunque supusiera el destierro a la soledad más absoluta..."

Clara Janès, Baltasar Porcel, Salvador Espriu, los exponentes de la *nueva canción catalana*, y muchos otros jóvenes vanguardistas nacidos en "el Principado", son la expresión de la europeización de la península ibérica. Esa europeización se inicia en la zona más desarrollada industrialmente de España. El joven proletariado catalán, sus intelectuales de las clases medias y su capitalismo en ascenso, en época de crisis son los protagonistas. La recopilación de la Enciclopedia Catalana que ya se inicia, dará cuenta de estos fenómenos simultáneos.



libros

Dos notas de Miguel Donoso Pareja

1

josé revueltas: "el apando"

En *El apando* José Revueltas ratifica sus excelencias de narrador de extensión, de cuentista excepcional. En realidad, *El apando* es esto: un cuento largo que, escrito en la Cárcel Preventiva de la Ciudad de México, narra una historia de presos comunes.

Básicamente y absolutamente de acuerdo con su posición ideológica *El apando* es un cuento de crítica social, porque en la crujía, presos y apresadores están enajenados los unos a los otros, sujetos a igual encerramiento, "tan estúpidos como para no darse cuenta de que los presos eran ellos y no nadie más, con todo y sus madres y sus hijos y los padres de sus padres".

Por una parte el libro de las "consecuencias", es asimismo un libro de exculpación, porque la culpa se ha desplazado, para el caso, a un todo social que es el responsable de que aquéllos estén allí "con todo y sus madres y sus hijos y los padres de sus padres". Cuento del *lumpen*, *El apando* habla sin ocultamientos de la destrucción, del deterioro de ese sector de la sociedad, aunque más por culpa de otros que de ellos mismos.

Esto, de cualquier manera, no en los personajes que están convencidos de que "de nadie era la culpa, del destino, de la vida, de la pinche suerte", de nadie sino en el contexto del libro que, demoledoramente, va situando la importancia y lo indefenso de los personajes frente a los determinantes, ésta opera sobre una especie de asociación de ideas constante que une y desune planos temporales y espaciales, para lograr una atmósfera compacta, un mundo cerrado y autónomo. Kafka en cierta medida, *El apando* sitúa a las diferentes personas que mueve, frente a frente, defendiéndose dentro de las apropiaciones mutuas, odiándose y deseando la desaparición del otro, siempre impelidos por las limitaciones económicas y de todo tipo que su propia clase les impone. "La rabia", dice el libro, "de tener ahora aquí a *El Carajo*, encerrado junto a ellos en la misma celda, junto a Polonio y Albino, y el deseo agudo, imperioso, suplicante, de que se muriera y dejara por fin de rodar en el mundo con ese cuerpo envilecido. La madre también lo deseaba con igual fuerza, con la misma ansiedad, se veía, suscitaba una misericordia llena de repugnancia y de cólera".

En esta dimensión, *El Carajo* es un hermano del Gregorio Samsa de *La me-*

tamorfosis, hijos ambos del Hipólito *dostoiewskiano*, aunque más miserable, más doloroso aún, el personaje de Revueltas porque el sentido de su destrucción va mucho más allá de cualquier sujeción ética límite, más allá incluso de los propios instintos.

Tal vez cabría decir, mejor, que el sentido animal del deterioro de *El Carajo* culmina, con exactitud, en el momento en que lo único que subsiste es su instinto de conservación, su deseo de sobrevivir, a pesar de su miseria o, precisamente, por ella.

La anécdota de *El apando* es clara, precisa. Se dibuja en la atmósfera general del libro con gran nitidez. A Revueltas no le ha interesado, ni mucho menos, ocultarla y, antes bien, la remarca. A pesar de ello, es sólo un pretexto, y las ideas del libro se imponen, la rebasan con amplitud.

Por eso, los reclusos tratando de introducir a la cárcel una porción de mariguana, el método que emplean para ello en el cual la madre de *El Carajo* es el instrumento, son cosas que no tienen mayor importancia, y la cuestión, el meollo de todo, está dado por el desenlace magistral, sórdido, terriblemente doloroso.

Y allí "estaban presos ahí los monos, nada menos que ellos, mona y mono; bien, mono y mono, los dos, en su jaula, todavía sin desesperación, sin desesperarse del todo, con sus pasos de extremo a extremo, detenidos pero en movimiento, atrapados por la escala zoológica como si alguien, los demás, la humanidad, impiadosamente ya no qui-



siera ocuparse de su asunto, de ese asunto de ser monos, del que por otra parte ellos tampoco querían enterarse...”

Con este párrafo inicia Revueltas su libro, y resume en él todo el cuadro del descenso de los detenidos en la “escala zoológica”, no por la detención en sí, sino por lo que la sociedad misma había hecho de ellos, por la horrible situación de que “alguien, los demás, la humanidad”, no quieran saber nada de ellos, y tampoco ellos como victimados, puesto que no eran capaces de reconocer al victimario. En esos términos, el verdugo se convierte en “el destino”, algo fatal, sin nombre, en nadie.

Al final, las cosas llegan a un clímax en que el mono-hombre, el descendido en la escala zoológica, actúa como tal,

absolutamente de acuerdo con su condición, aferrándose a su instinto básico, el de la conservación de la vida. Y al ser descubiertos, cuando los mono-guardianes “saben” que la mariguana se ha “colado” a las celdas y empiezan a golpear a los tres reclusos que planearon la cuestión incluido *El Carajo* éste denuncia a la madre, haciéndolo a “boca chiquita”, para que no se sepa que él fue quien lo hizo.

De esta manera, Revueltas llega violentamente, como siempre en sus libros al punto extremo del deterioro y de la destrucción de esos “abandonados en la tierra”.

José Revueltas, *El apando*. Ediciones Era México, 1969. 56 pp.

2

juan vicente melo: “la obediencia nocturna”

Ediciones Era acaba de publicar *La obediencia nocturna*, novela de Juan Vicente Melo que, a nuestro juicio, ha pasado injustamente inadvertida, no tanto porque no se haya escrito sobre ella sino porque no se ha escrito todo lo que se merecía.

Novela intimista, es cierto, subjetiva, críptica a ratos, es, sin embargo, una de las mejores que se han publicado en nuestro medio, en 1969. Constituye, al mismo tiempo, un saludo y una despedida, pero también la certeza de la destrucción, del deterioro del individuo y del medio que lo rodea, comenzando ésta en la familia para terminar, consecuentemente, en uno de sus miembros y —ya en términos más amplios— en el nuevo medio social al que tiene que enfrentarse.

El deterioro, esa especie de “cansancio de clase”, está dicho claramente por Melo: “De pronto, un día cualquiera, uno se da cuenta de que no puede vivir.” Esto, por cierto, se plantea luego en un plano individual, imprimiéndosele un contenido de angustia ontológica que podría traducirse en las siguientes palabras: “Uno no puede morir así, de repente. Decir: No puedo vivir y desaparecer. Ahora pienso de otra manera: tarde o temprano igual para todos. Eso me va a suceder a mí también, igual o de otra forma.”

Novela de claves, *La obediencia nocturna* propone una ceremonia, un ritual que es solamente un pretexto, una formulación mágica —en el sentido de imaginar— en donde la persistencia de la recordación prevalece sobre la destrucción de la realidad o, a la inversa, la realidad cambia a través de la recorda-

ción que es, en este contexto, el anticipo o prefiguración de un desastre inevitable. Melo lo sabe —o lo intuye—, por eso dice: “Lo que Adriana soñaba al borde del estanco puede estar sucediendo en este momento o mañana. Pero ya, nunca ayer.”

Junto a este, diríamos, esqueleto central —en el que se formula una suerte de destino mítico, no individual sino de extracción, y donde Dios (resumen de todas las anticipaciones inventadas por el hombre) se establece precisamente cuando deja de existir, cuando admite su posibilidad de no ser— se sitúa otro sentimiento que remarca la condición humana, su castigo —y también salvación— de ser parte y todo a la vez.

Juan Vicente Melo subraya esto reiteradamente a lo largo de su libro, y dice: “Nunca estarás solo, me dijo una vez mamá poco antes de morir. Y tú también me dijiste lo mismo una noche, en el jardín. Y no estoy solo, eso es lo

terrible.” La insalvable dicotomía del hombre entre estar solo y tener compañía, el deseo del amor, de la pareja —casi imposible en las actuales condiciones—, hacen que Melo se duela de andar “solo entre una multitud de amores”, pero también que sepa que “no puede uno confiar en sí mismo cuando está solo”.

Este deseo de soledad, más bien de desolación —lo cual implica cierta dimensión telúrica, cósmica—, no viene a ser, a la postre, sino el deseo hondo, soterrado, oscuro, del hombre por ser libre, independiente, por ser él mismo, por lograr una autonomía que le está negada a partir, precisamente, de su propia condición, del choque de su *ser* con su *estar*.

El miedo del inicio —que se produce en el hombre con la concienciación del estar, del hecho de encontrarse aquí sin saber desde cuándo ni hasta cuándo— está propuesto en *La obediencia nocturna* en términos abstractos, como generalización: “Me asustan los principios porque uno no sabe dónde y cuándo empieza algo que va a pasar, que exige un final.”

Aquí, otra vez, la proposición ontológica —que se preocupa básicamente por la certeza de un final que se sabe insoslayable— y la inquietud social —que considera lo final como una consecuencia que, incluso, podría cambiarse a partir de las propias fuerzas del hombre—, se encuentran presentes. En gran medida, esto resume la condición humana, sus dos aristas contrapuestas, su ser y su estar constantemente oponiéndose e integrándose.

En esta dimensión, *La obediencia nocturna* es, en verdad, una novela en la que nada sucede, porque todo ha sucedido ya, porque es un libro de los resultados, de las consecuencias. En él, el juego “ha terminado”, pero también comienza, inmerso entre dos finales que no pueden ser uno, ni siquiera deseándolo: la terminación del hombre como ser, como ente individual, y la concienciación de su deterioro en cuanto consecuencia, en cuanto resultado.

Casi al terminar el libro, Melo hace un resumen de sus tesis y, sin caer en lo discursivo, aclara en gran medida las claves que había puesto en juego. “No es el principio”, señala, “lo que importa, de la misma manera que no cuentan las palabras. Adriana, la muerte de mi madre, el perro-tigre, un padre que desaparece y es sustituido por un extraño, Enrique y Marcos, la señora Rosalinda, la muchacha que busca a alguien que quiere tener siempre a su lado, el cuaderno del señor Villaranda, las canciones y los vestidos de Pixie, el maniquí de Tula, Daniel y la estrella de David, la zapatilla de la Cenicienta, el falso retrato de Beatrice en el departamento de la otra Beatriz. Todo esto es como decir buenos días, cómo estás, qué frío hace. Lo que importan son las consecuencias de todas estas cosas, de las palabras y las personas, de los finales.”

